

MATERIAL DE DISCUSION  
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE  
NUMERO 93, Marzo 1987.

BIBLIOTECA  
FLACSO  
SANTIAGO

12.144

... de la ... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..  
... ..

317.-

LAS IDEAS DE LA RENOVACION SOCIA-  
LISTA. SINTESIS Y BALANCE.

Manuel Antonio Garretón

Este trabajo es una transcripción, corregida por el autor, de su intervención en el Seminario sobre la Renovación Socialista organizado por CEVAL (Centro Valentín Letelier), en Mendoza, Mayo 1986 y será publicada en un libro preparado por dicha institución.

LIBRARY OF THE  
FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES  
SANTIAGO DE CHILE

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

FLACSO  
SANTIAGO DE CHILE  
CALLE...  
TEL...  
FAX...

## RESUMEN

Se presentan en este trabajo los contenidos fundamentales de lo que se ha llamado la renovación socialista en Chile, proceso de crítica y reformulación del socialismo clásico u ortodoxo de la izquierda chilena. Se parte distinguiendo este proceso de otro con el que se le ha confundido: la reunificación del campo socialista. Luego se analizan cuatro dimensiones o ejes de la renovación socialista en el campo teórico ideológico. En primer lugar, el distanciamiento con el modelo clásico de la izquierda en lo que se refiere al marxismo-leninismo, a la visión instrumental de la democracia, al concepto de socialismo y a la reducción acción-clase-partido. Ello se acompaña de la reevaluación crítica del pasado, especialmente, las experiencias de la UP y del régimen militar. En segundo lugar, la revalorización de la democracia política. En tercer lugar, la visión respecto de la inserción internacional y de la articulación entre Estado, partidos y sociedad civil. En cuarto lugar, la inserción del socialismo en la izquierda y el cuadro político partidario chileno. En todos estos puntos se esbozan las tesis principales y se hace un cierto balance de su evolución. Finalmente, se hacen algunas observaciones globales sobre el significado de este proceso y su evaluación.

Se acompaña una respuesta del autor al debate provocado sobre el tema socialismo y democracia en el Seminario en que se expuso este trabajo.

Main body of faint, illegible text, possibly a list or series of entries. Some fragments are visible, such as "de" at the beginning of a line and "et" at the end of a line.

Final lines of text at the bottom of the page, including a small number "22" near the end.

El propósito de esta exposición es la introducción del debate posterior a través de una especie de ayuda memoria sobre las principales tesis o contenidos de lo que se ha llamado la "renovación socialista", es decir, el proceso teórico y práctico de crítica al socialismo clásico tal como se vivió en Chile hasta 1973 y de reformulación y actualización de su bagaje intelectual y político durante los últimos diez años aproximadamente. Como es un tema sobre el cual todos tienen un punto de vista y, a veces, visiones muy completas y complejas, mi tarea será solamente la de recordar y perfilar los grandes contenidos de la renovación socialista, recurriendo para ello a una clasificación o agrupación de componentes inevitablemente arbitraria, y confrontarlos, a modo de conclusión, con los problemas que han surgido en el curso de este proceso de renovación.

### Renovación y unificación socialista

Me parece conveniente partir distinguiendo dos tipos de procesos que tendieron a confundirse, por cuanto se dieron en los mismos tiempos, pero que la realidad mostró que trataba de dos cosas muy diferentes. El primero es propiamente el de renovación socialista, tal como lo hemos definido más arriba. El segundo es el de convergencia o reunificación de las diversas tendencias o fracciones constitutivas, del campo socialista. El concepto de "refundación socialista" buscó abarcar y englobar ambos fenómenos.

En lo que sigue nos referiremos exclusivamente al proceso de renovación socialista y sólo en las conclusiones haré

alguna alusión al problema de la unificación y construcción de una fuerza política socialista. Sin embargo, vale la pena anotar que la simultaneidad y diferencia de ambos procesos, dio como resultado el que hoy tengamos actores políticos desgarrados entre lo que es su memoria histórica y su nueva inserción, o búsqueda de inserción, en una realidad social profundamente transformada. Y ello atraviesa prácticamente todas las vertientes o fuerzas del Socialismo.

La renovación socialista no era una línea política específica ni una estrategia política, sino un cambio ideológico y, más precisamente, cultural, en cuyo interior podían darse muy diversas líneas o estrategias políticas incluso contradictorias entre sí. Y la fragmentación actual del campo socialista en diversos grupos o partidos expresa en parte el privilegio dado al problema de líneas o estrategias por sobre el del cambio cultural ideológico o de la renovación. La renovación cruza de algún modo todas las líneas o tendencias políticas. No hay identidad entre las ideas o tesis de la renovación y una de las fuerzas socialistas individualmente considerada. No podría decirse que hay un grupo privilegiado globalmente más renovado que otro. El campo socialista no se distingue internamente en términos de fuerzas renovadas y fuerzas no renovadas, sino en términos de líneas o estrategias políticas distintas.

La renovación socialista no consistía, entonces, en cambios en las líneas políticas o las estrategias concretas, sino en un cambio cultural e ideológico.

¿Cuáles eran las dimensiones o componentes de este cambio cultural?

Sin poder evitar la arbitrariedad de cualquier sistematización, indicaremos cuatro dimensiones fundamentales de la renovación socialista. La primera se refiere a la crítica, distancia o ruptura respecto de algunos puntos básicos del modelo político clásico de la izquierda, e incluye tanto una separación respecto de ciertos elementos de la tradición teórico ideológica, como una reevaluación crítica del pasado de la izquierda y de su experiencia bajo la dictadura militar. Una segunda dimensión o componente es la revalorización de la democracia política en lo que tiene de radicalidad, contrastada con lo que puede denominarse la radicalidad socialista. Una tercera dimensión se refiere a las articulaciones en la sociedad internacional y entre política y sociedad civil a nivel nacional. La cuarta dimensión considera la inserción del socialismo en la izquierda y en el conjunto de la política chilena.

#### La crítica al modelo político tradicional de la izquierda (1)

El proceso de renovación socialista significó un distanciamiento respecto de algunos componentes del modelo político clásico de la izquierda, de su matriz teórico-ideológica. Ello referido a la concepción marxista leninista, a la visión del socialismo y la democracia, a la relación entre nación, clase y partido y a las consecuencias de ello para la propia autopercepción.

Respecto de la tradición marxista leninista, la renovación socialista acepta muchos elementos provenientes de esa cultura, al mismo tiempo que entiende que en la o las fuerzas políticas que expresen la renovación deberá contarse con sectores que se autodefinen de esa manera, que se identifican como marxistas leninistas. Sin embargo, hay un abandono de esta versión como ortodoxia, como "la" vertiente teórico ideológica del Socialismo. Podrán haber elementos y sectores marxistas leninistas que se incluyan en los procesos y tendencias de renovación socialista, pero ésta deja de tener al marxismo leninismo como su referente. Su identidad no se encuentra en el marxismo leninismo y, junto al abandono de éste como su matriz básica o única de reflexión y acción, hay también contradicción con algunos de los elementos específicos de esa tradición.

Por un lado, la concepción marxista leninista está constituida para pensar un modelo particular de cambio social cual es la revolución y la revolución consiste en el colapso de un orden social, la toma de poder por un determinante actor, el inicio de un proceso de destrucción del orden antiguo, fundamentalmente en el régimen político, y la construcción de un nuevo orden social que es visto como un largo momento de liberación, como el alba de los tiempos en que "cantan los ruiseñores" al decir de Kundera. Me parece que el marxismo leninismo sirve para pensar y actuar la revolución y no otro tipo de procesos. Y, más allá de la retórica o del alcance metafórico que quiera darse al concepto revolución, lo cierto es que, a diferencia de lo que se percibió



en la década del 60, no tenemos el problema de la revolución ad portas y entonces, para pensar y actuar otro tipo de procesos sociopolíticos, el marxismo leninismo no nos sirve como matriz básica. Por otro lado, la concepción marxista leninista implica pensar y actuar la historia con pretensión científica, en términos de leyes generales de evolución histórica de las cuales las sociedades particulares son ilustraciones. Y aquí también este enfoque científico iluminista, dificulta el reconocimiento completo y complejo de las sociedades concretas. Finalmente, un tercer elemento del marxismo leninismo con el que se establece una distancia es la idea que el actor que encarna estas leyes de la historia que permiten realizar la revolución es una clase social determinada que se expresa o identifica con una vanguardia o partido.

Un segundo distanciamiento de la renovación socialista respecto de la matriz clásica de la teoría y la acción la izquierda se refiere al tema mismo del socialismo. En el modelo tradicional de la izquierda primaba una cierta concepción del socialismo que se deduce fundamentalmente también de las leyes históricas y que consiste en la postulación de un modelo (en el sentido fuerte) o sistema de sociedad que se contrapone y supera el de la sociedad capitalista. Hacer el socialismo, entonces, es en la matriz clásica de la izquierda, hacer la experiencia socialista histórica, transitar a un modelo de sociedad, a un tipo de sociedad definida en sus rasgos fundamentales, realizando ciertas cosas que están de algún modo codificadas. Yo creo que hay aquí una distancia por cuanto este modelo socialista se definía básicamente

camente al nivel de lo que, buena o malamente, se pueda llamar Modo de Producción.

Porque el socialismo consistía fundamentalmente en la eliminación del nivel económico de las características básicas del capitalismo. De ahí la importancia en los modelos socialistas de las nacionalizaciones o estatizaciones y expropiaciones, las planificaciones centrales, etc. La definición del socialismo partía de las transformaciones económicas, cambios en la propiedad privada y en las relaciones de producción para permitir el posterior desarrollo de las fuerzas productivas. De este modelo histórico clásico de socialismo, al menos de su pureza original, tiende a haber un distanciamiento en la renovación socialista la que busca reformular el concepto mismo de socialismo, como enunciaremos más adelante.

Pero no se trata sólo de una crítica al economicismo del concepto o modelo socialista histórico, sino también de su crítica en cuanto modelo único universal aplicable a todas las experiencias históricas (se rescata así el carácter nacional de un socialismo para cada país) y en cuanto portador de un tipo de régimen político que en vez de superar las limitaciones del sistema democrático ha eliminado sus grandes conquistas. El reconocimiento de los avances democráticos, en términos de igualdad y justicia sociales, que ha logrado el socialismo histórico no impide una crítica radical, en lo que se refiere a su aplicación a nuestros contextos, a su modelo político de identificación entre Estado y partido y de subordinación de las libertades públicas. Al mismo tiem-

po hay también una crítica a este sistema político, en cuanto su adscripción irrestricta a uno de los bloques mundiales ha limitado la independencia nacional.

El tercer componente del modelo clásico de la izquierda, respecto del cual también la renovación socialista toma su distancia y produce una cierta ruptura, es la versión instrumental de la democracia. Ello puede expresarse así: en el entendido relativamente ambiguo que el socialismo es portador no sólo de un cambio económico, el régimen político y el Estado se constituyen como emanación o reflejo de esa transformación económica; el socialismo tendría así un modelo de régimen político, o sea, de mediación entre Estado y Sociedad, distinto, original. Por lo tanto, en esta visión la democracia política por razones históricas puede ser aceptada, pero no es un componente esencial del ideal socialista. Una buena ilustración de esta visión es la distinción entre tareas democráticas y tareas socialistas; ello quiere decir que las tareas democráticas son valiosas, positivas e importantes, pero que no son propiamente socialistas. Esta distinción está ligada a esa concepción relativamente instrumental de la democracia, puesto que el fin que se postula puede hacerse con democracia política o con otro instrumento y eso dependerá de las circunstancias históricas, sin que la democracia política tenga una valoración por sí misma. El distanciamiento de esta visión por parte de la renovación Socialista abre paso a un nuevo campo de desarrollo teórico, ideológico y práctico, como veremos más adelante. \* e)

\*d) Un cuarto componente que caracterizaba el modelo teórico ideológico y político de la izquierda, era una reducción, que se daba sobre todo al nivel práctico, del concepto de nación, país o sociedad, a un concepto de clase o, en el mejor de los casos, movimiento popular, mediado éste, y por lo tanto también reducido en cierto modo, ya sea por el concepto de partido o el concepto de izquierda. Esto tiene como efecto una determinada política de la izquierda que tiene como eje su propia unidad concebida como una finalidad a la que se subordinan otros requerimientos de política nacional. En efecto, hay una desviación hacia la razón de partido (cuando decimos partido no nos referimos sólo a uno, sino también a la izquierda concebida como unidad): lo que es bueno para la izquierda es, por definición, bueno para la nación. Y, por lo tanto, el éxito de esta concepción del modelo socialista, de la revolución finalmente, descansa fundamentalmente en la unidad del actor que lo implementa, es decir, en la unidad de la izquierda, de modo que el grueso de la política de izquierda se dirige hacia ella misma y se define en términos de sus relaciones internas.

Respecto de estos cuatro componentes, entonces, la tradición marxista leninista, el modelo socialista clásico de sociedad, la visión instrumental de la democracia y la reducción nación -clase- partido que se expresa en un determinado tipo de acción política, la renovación socialista marca una distancia y en algunos casos ruptura, manteniéndose siempre en el campo cultural de la izquierda.

La reevaluación del pasado y la experiencia dictatorial

Pero esta primera dimensión de ruptura o distancia con el modelo político tradicional de la izquierda, no se reduce a algunos componentes de matriz teórico-ideológica, sino que se refiere también a su propia experiencia histórica. Hay, aquí, a su vez dos aspectos: la referencia al período de la Unidad Popular y a la experiencia de la dictadura militar.

Se trata aquí del análisis crítico no ya del pensamiento socialista, de las diversas vertientes teóricas o ideológicas; sino de lo que ha sido la práctica histórica de la izquierda en Chile, principalmente en torno a los dos grandes hitos señalados. No pueden entenderse los procesos de renovación socialista sin esos referentes históricos.

Respecto del período de la Unidad Popular, más allá de la valoración positiva de una enorme cantidad de aspectos y elementos de esa experiencia, lo que distingue el análisis autocrítico de la renovación socialista de otras autocríticas, es que supera la obvia y simple versión de una pura derrota. Hubo un proyecto popular de inmensas proyecciones, hubo una derrota (lo que es un puro dato objetivo sin componente autocrítico excepto la debilidad frente al adversario), pero hubo a la vez fracaso. La aceptación e intento de explicación de un fracaso más allá de una derrota frente a un adversario superior en fuerza, obliga a una crítica muy profunda. Insisto, no es en el rescate de los elementos positivos que se comparte con muchos otros sectores, ni en el diagnóstico de re-

mental que hubo derrota, donde reside la especificidad del análisis del período de la Unidad Popular por parte de la renovación socialista sino en la conceptualización y comprensión de un fracaso.

En esta reevaluación del proyecto de la UP hay diversos elementos. Uno de ellos refiere al contenido mismo más allá de las medidas democratizadoras y de participación popular, del proyecto y utopía socialista que perseguíamos. ¿De qué socialismo se trataba? ¿Era tan distinto en nuestras mentes y en nuestras prácticas al socialismo histórico real? Y si lo era ¿por qué la indignación generalizada de la izquierda frente a los discursos de Allende en que hablaba de un segundo camino al socialismo, en democracia y sin dictadura del proletariado? Otro de estos puntos críticos es el problema de las vías al socialismo. Aquí la pregunta básica es ¿por qué las dudas y ambigüedades, salvo muy importantes excepciones, cuando se nos preguntaba por las elecciones en el año 1976? Es decir, una de las características que definen la renovación socialista respecto del proyecto de la UP es que no limita su reflexión crítica a la implementación del proyecto, ni al grado de radicalidad o moderación de su aplicación, sino que apunta a algunos de sus rasgos constitutivos, al proyecto mismo.

Siempre de modo esquemático, en esta evaluación del pasado hay un elemento muy delicado con el cual será muy difícil ajustar cuentas, por cuanto pertenece al nivel más profundo de los mitos y de los símbolos de identidad, cual

es el de la herencia de Allende. Y, sin embargo, en toda evaluación del pasado y su proyección actual está presente este elemento con una carga muy honda de desgarró y significación polivalente. Por supuesto, que la herencia de Allende y el símbolo de Allende no pertenece a la renovación socialista ni a ningún sector particular de la izquierda, sino al conjunto de ella. Pero también es cierto que cada sector o grupo construye su propio Allende, de las versiones más ortodoxas hasta las más renovadas, hace su propia lectura de él, lo que es propio de los grandes mitos de una nación o de un sector de ella. Para la renovación socialista, Allende expresa las grandes virtudes de la izquierda, combinando la vocación popular con la presencia y el manejo institucional, adelantando, más intuitiva y prácticamente que a nivel teórico, la vinculación entre socialismo y democracia política, combinando el proyecto nacional con su instrumento, la unidad de la izquierda. No es extraño, entonces, que tanto la renovación como la unificación del campo socialista quieran hacerse bajo la figura de Allende, reclamando su legado. Por otro lado, en la medida que los procesos de la renovación socialista apuntan a reivindicar un proyecto de nación y a convocar más allá de la izquierda misma, no puede hacerse abstracción del hecho que Allende y la Unidad Popular son también símbolo de contradicción en la sociedad chilena, expresión de una época que marcó una profunda división entre los chilenos y cuyas heridas no está claro que hayan cicatrizado. La izquierda y la renovación socialista dentro de ella no pueden dejar de referir su identidad a Allende y la Unidad Popular. Pero es una identidad contradictoria, hecha de afirmación y de despliegue positivo del mito, donde hay que estar consciente de esta contradicción para no quitarle a la convocatoria

socialista su proyección nacional.

\* La experiencia de la dictadura enfrentó al socialismo y a la izquierda chilena con una realidad que no podía sino incidir en la reformulación de su proyecto teórico ideológico y político. En efecto, la naturaleza del golpe militar y de la dictadura mostró que en estos países, con clases medias diversificadas y ejércitos modernos, la alternativa real no era socialismo o fascismo, sino dictadura militar o democracia política en el que una mayoría sociopolítica va realizando transformaciones con sentido socialista. Lo que reveló el golpe militar fue que el fracaso de la Unidad Popular consistió en su incapacidad de constituir una mayoría social y política que resistiera la reacción de las fuerzas conservadoras contra su proyecto transformador. Paradojalmente, se mostraba que sólo se puede realizar un profundo proyecto transformador si se cuenta con mayoría para ello y que esa mayoría sólo puede constituirse en un marco político e institucional de tipo democrático. Dicho de otra manera, la alternativa real a la democracia política, "formal o burguesa", no era el socialismo sino la dictadura o régimen militar. Por lo tanto, si habrá socialismo en estos países, tendrá que ser en democracia política.

La experiencia de la dictadura puso en el tapete el tema de la condición humana universal e histórica más allá de sus dimensiones clasistas. El tema de los derechos humanos como variaciones históricas y culturales del derecho a



la vida, replantea la naturaleza de un proyecto de clase en términos de una vocación nacional. El lenguaje y la práctica de los derechos humanos lleva a reconocerlos como algo que trasciende la naturaleza de clase y es válido para todos, lo que cambia la connotación de enemigo y obliga a promover una institucionalidad en que ellos se respeten y desarrollen. Pero la experiencia dictatorial muestra no sólo la importancia y el carácter irrenunciable de las libertades públicas y de un tipo de institucionalidad que las garantice y promueva, sino también lleva a la valorización de las formas autónomas de lucha y de afirmación como sujetos por parte de los diversos sectores sociales. La acción colectiva simbólica, expresiva, defensiva, reivindicativa, participativa, de enfrentamiento y auto afirmación, la creación de espacios de dignidad y la búsqueda de autogobierno, son todas dimensiones de un proyecto que no descansa en la pura dependencia del sistema político y que redefine el sentido mismo de la acción política.

Así, tanto la revisión del pasado como la experiencia del régimen militar, como la reflexión crítica de los socialismos históricos, llevan a un distanciamiento y redefinición del modelo tradicional de la acción política de la izquierda, lo que incluye un alejamiento del marxismo leninismo, una redefinición del socialismo, una revaloración de la democracia política y un replanteamiento de las relaciones entre partido y sociedad. Este distanciamiento o ruptura constituye la primera dimensión o eje de la renovación socialista.

*resumen  
conclusión*

Tres observaciones son necesarias para finalizar este análisis. La primera es que la ruptura o distanciamiento de un modelo y matriz teórico-políticos tradicionales, no significa abandono de la izquierda ni de su cultura, sino una mutación o giro manteniendo la identidad y afiliación a ella. No hay aquí un desplazamiento hacia el centro y una social democratización, sin que ello signifique ninguna connotación peyorativa. Ya hemos dicho que la renovación socialista apunta a un cambio cultural dentro de la izquierda manteniendo la vocación popular y de transformación y sustitución de la sociedad capitalista y no se refiere al problema de las estrategias y líneas políticas, aunque puede tener diversos efectos, no necesariamente inequívocos, sobre ellas. Por ejemplo, yo creo que es un error pensar que la renovación socialista se traduce en sí en una mayor moderación o una mayor radicalización política. Puede llevar a una u otra y lo más probable es que se den ambos efectos. Insisto, la renovación socialista no se identifica con ninguna línea política coyuntural específica. La segunda observación se refiere a que este distanciamiento de un determinado modelo teórico-ideológico hace posible la confluencia de diversas matrices de reflexión o acción políticas, sin que la renovación socialista se identifique con ninguna de ellas en una globalidad. Así, por ejemplo, hay un aporte ético del pensamiento cristiano, una sintonía con ciertas corrientes del marxismo, una absorción de teorías y métodos del pensamiento científico social, etc. Todo ello le da al socialismo renovado una gran riqueza y diversidad teórico ideológica que se aparta de cualquier ortodoxia,

y cuyos elementos éticos corresponden a concepciones meta-científicas de diversas orientaciones culturales. Dicho de otro modo, no hay un horizonte teórico e ideológico limitado y unilateral sino un campo cuyo núcleo se diversifica y enriquece permanentemente con nuevos aportes a partir de grandes inspiraciones y tradiciones abiertas. La tercera observación se refiere a que esta primera dimensión de distanciamiento del modelo teórico político tradicional de la izquierda pareciera enfatizar el elemento crítico-negativo más que la proposición alternativa, por un lado, y los contenidos intelectuales más que los aspectos referidos al estilo y acción o prácticas políticas, por el otro. Nuestro esfuerzo ha sido precisamente marcar los puntos de ruptura, en los que no se es tradicional. Pero es evidente, como se verá al analizar las otras dimensiones de la renovación socialista, que cada uno de estos elementos crítico negativos involucra, aunque más no sea germinalmente, una propuesta alternativa que define un contorno positivo del socialismo. Así, por ejemplo, en la crítica a la noción clásica de revolución como toma del poder y ruptura, hay la propuesta de un proceso de constitución de mayorías y una redefinición de la noción de poder, extensible a todas las esferas, de la sociedad y no exclusivamente a la del Estado. En la crítica a la visión cientificista de leyes generales válidas para todas las sociedades, hay el rescate de un método de análisis que privilegia las contradicciones histórico específicas de cada sociedad. En la crítica a la visión instrumental de la democracia política hay una opción por ese régimen como parte del proyecto socialista. En la crítica a los modelos socialistas históricos, hay en germen un concepto de socialismo que resca-

ta el predominio de la sociedad civil y de movimientos sociales autónomos, las formas de autogobierno y autogestión colectiva, la afirmación de la vigencia universal de los derechos humanos, de las libertades públicas, del pluralismo de proyectos sociales, la irreductibilidad entre Estado, régimen político y sociedad civil. En la crítica a los reduccionismos clasistas, hay la postulación de un proyecto nacional no reductible a ningún mesianismo de clase. En el distanciamiento del modelo partidario clásico, hay la propuesta de un sistema de representación multipartidaria donde no se identifica a priori una clase o una categoría con un partido y donde se enfatiza una relación no vanguardista entre partido y masas, lo que lleva a una afirmación de la democracia interna del partido. Y así podría seguirse. Lo mismo puede decirse respecto al estilo y prácticas políticas. La renovación socialista privilegiará todas aquellas prácticas y formas de organización, que signifiquen autonomía de los sujetos sociales y expresión de autogobierno y libre determinación, constitución de mayorías sociopolíticas para la realización de transformaciones sociales en los ámbitos global y sectoriales, ejercicio del poder local, democratización del Estado y de las organizaciones sociales y políticas, etc. Es obvio que a estas alturas no pueda haber un modelo cristalizado de la práctica y estilos políticos de la renovación socialista, máxime si ella no se identifica exclusivamente con ninguna organización política que puede ser considerada en cuanto tal como su referente. Hay entonces, embriones y jirones de prácticas y estilos que pueden detectarse empíricamente en múltiples experiencias de base y de formas de liderazgo, pero no un modelo constituido.

Radicalidad socialista y radicalidad democrática\*

(2)

Una segunda dimensión de la renovación socialista, en parte ya señalada y relacionado con la anterior, es el descubrimiento de, y opción por, la democracia política, como el régimen político que se incorpora como elemento constitutivo del proyecto de transformación social, del proyecto socialista. Es posible que todavía las expresiones teóricas y prácticas del socialismo no se hayan aún repuesto de lo que significa este descubrimiento y opción, lo que impide una verdadera coherencia al respecto y la asunción de todas sus consecuencias. Creo conveniente plantear este problema en términos de la conciliación conflictiva entre dos radicalidades que en la reflexión teórica y en la experiencia histórica se han presentado como contradictorias la radicalidad democrática y la radicalidad socialista. Vale la pena aclarar que estamos usando el concepto Democracia en el sentido preciso de régimen político, que es con el cual se presentan las tensiones. Es decir, no hablamos aquí del ideal democrático en sentido genérico, ni de la democracia como atributo de toda la sociedad, con los cuales es muy fácil mostrar que hay identidad abstracta con el ideal socialista, sino de la democracia como un tipo particular de régimen político caracterizado por la elección de gobernantes por voto universal, estado de derecho, libertades públicas garantizadas, separación de los poderes del Estado, alternancia en el poder polí-

\* Ver también el Comentario Anexo.

tico, sistema de representación en que gobiernan las mayorías y se respetan las minorías, pluralismo ideológico político, etc.. Es decir, se trata de una forma específica de mediación entre Estado y Sociedad que puede ser válida para algunos contextos históricos y no para otros. Ninguna sociedad puede escapar al problema de cómo se gobierna y qué condiciones definen esa forma de gobierno y al problema de la definición de la relación entre la gente y el Estado, es decir, el tema de la ciudadanía. Y la democracia política es una respuesta histórica, particular a estas dos cuestiones, así como hay otras respuestas posibles. No hay experiencia histórica de socialismos con democracia política así definida. Las sociedades socialistas conocidas poseen otro tipo de régimen político y en las sociedades con regímenes democráticos el paso hacia estructuras sociales definitivamente socialistas ha encontrado obstáculos enormes que terminan por permitir reformas, pero no la superación del capitalismo. La radicalidad democrática consiste en que sólo se pueden hacer ciertas cosas en política si se cuenta con mayorías para ello y esas mayorías están definidas por ciertas reglas preestablecidas y que en ningún caso pueden afectar los derechos básicos de los miembros de la sociedad. La radicalidad socialista consiste en que hay que eliminar la explotación, es decir, la apropiación del sobre trabajo de los otros por parte de algunos, lo que constituye lo esencial de la relación y la sociedad capitalistas. Y eso no parece que pueda hacerse bajo regímenes de democracia política como se ha mostrado históricamente.

Está en el meollo del problema y a esta contradicción o tensión hay que responder sin retóricas ni evasivas. Todo proyecto político o histórico global tiene que hacer una opción explícita por el régimen político o sistema de gobierno y ciudadanía, opción que pasa a formar parte constitutiva y definitoria de tal proyecto. Ello implica reconocer la autonomía del régimen político en relación al sistema económico social: son dos opciones diferentes, irreducibles que no se derivan la una de la otra. Si todo proyecto histórico o social global (y ya clarificaremos más adelante algo de esto) tiene que tener un proyecto de régimen político, entonces, el régimen político que la renovación socialista postula para un país como Chile, (pues no en todas partes la opción socialista tendrá un mismo proyecto de régimen político en tanto éste se define históricamente) es el régimen democrático. Pero ello tiene ciertas consecuencias que provienen de lo que llamamos lo radical democrático, y que enfrentan lo radical socialista. ¿Cómo se concilian ambas radicalidades?

Mi impresión es que no hay manera de resolver esta contradicción sin un cambio en el concepto clásico de socialismo. Habría, entonces, que indicar que el socialismo tiene un modelo (y más adelante criticaré la idea de modelo), una propuesta de organización de la economía y también una propuesta de organización de la sociedad civil y del Estado. Pero no tiene un modelo per se de régimen político, sino que éste varía de acuerdo a los contextos nacionales. Entonces, para ciertos países, e insisto que esto no

es necesariamente universal, el socialismo no podría sino aceptar que el régimen político válido y bueno es el régimen democrático. Pero desde ese momento, la democracia política (tal como la hemos definido y que algunos llaman democracia burguesa, formal, representativa, liberal, constitucional, etc.) pasa a ser un elemento constitutivo del proyecto socialista, forma parte de su identidad irrenunciable tanto como las propuestas económicas y sociales de superación capitalista, es decir, es tan "socialista", aunque se comparta con sectores no socialistas, como las tareas económicas básicas que se denominan socialistas (expropiaciones, nacionalizaciones, gestión y apropiación colectiva, etc.). Se supera, así la distinción falsa entre "tareas socialistas" y "tareas democráticas". La constitución de la democracia política es una de las tantas tareas socialistas, y en algún momento puede ser la tarea principal, aun cuando nunca un proyecto socialista se agotará en la propuesta de democracia política, como ninguna sociedad se agota o define sólo al nivel del régimen político o del puro modelo económico, o del puro modelo cultural o del puro Estado. Pero en ese plano, el del régimen político, la democracia política, su construcción y ampliación es un valor y principio históricos irrenunciables para ciertas sociedades. Si el proyecto de régimen político, en este caso la democracia política, es parte del proyecto socialista, y tan importante como el proyecto de sociedad civil y de Estado, y si cada esfera guarda cierta autonomía, es normal que entre ellas haya tensiones, "chantajes" de la democracia política al socialismo: tanto socialismo cuanto la democracia polí-



tica lo permita. Una su vez habrá un "chantaje" del socialismo a la democracia política: si no se crean ciertas condiciones sociales, la democracia política se hará inestables y llegará a su colapso. Pero se trata de contradicciones y chantajes mutuos que se dan no desde fuera sino en el interior de un mismo proyecto socialista y que el socialismo debe ir resolviendo históricamente, enfatizando a veces el tema del régimen político, otras veces el de la transformación económico social, otras veces el de la independencia nacional, pero nunca abandonando ninguno. Ello permite afirmar que en un momento determinado la identidad socialista sea, por ejemplo, la lucha por los Derechos Humanos elementales, en otro momento la lucha por elecciones libres, en otro por la expropiación de los monopolios etc. No renunciar a ninguno de los componentes propios del proyecto, significa adaptar sus exigencias y requerimientos mutuos a la situación histórica objetiva y subjetiva de la sociedad, resolviendo en cada caso cuál es la problemática principal que se enfrenta.

Es evidente que aquí se ha operado una redefinición del socialismo clásico, por cuanto tiende a desaparecer la idea de la "toma del poder", en un momento y locus determinado, a lo que sucede el desencantamiento de la transformación del orden social. La existencia de un régimen político democrático, que supone sin duda poder y dominación, es contradictoria con esta idea de "toma de poder", pues el concepto de incertidumbre y reversibilidad es esencial a tal régimen: nadie se toma el poder político de una vez para

-siempre. Si ello ocurriera, no estaríamos en un régimen de democracia política.

Es evidente que esta reformulación plantea un problema a la teoría y práctica históricas del socialismo, del que no es fácil salirse y del que pueden desprenderse algunas consecuencias. La primera es que, si sólo puede avanzarse en la transformación social bajo el principio de mayorías políticas, el eje fundamental de la acción histórica y social pasa a ser la política y la cultura, la política cultural, la construcción de consensos, la convicción, la enseñanza y aprendizaje, lo que supone a su vez las grandes acciones colectivas de movilización, lucha, presión y enfrentamientos políticos. La segunda es que el socialismo ya no puede definirse como un modelo de sociedad caracterizado y establecido de una vez para siempre. No hay, en sentido estricto, "sociedad socialista" porque el socialismo es un principio de transformación social, la superación de alienaciones, opresiones y explotaciones basada en la idea de la emancipación social y autogobierno de la gente, con un rol protagónico de trabajadores y dominados, pero no es un esquema de mecanismos concretos, un sistema social predeterminado. En ese sentido el concepto de transición al socialismo, propio de la visión clásica y tradicional de la revolución y donde se hace referencia a un período y un momento precisos, pierde su sentido. No hay transición de una sociedad a otra, hay transformación permanente. No hay modelo socialista, hay proceso socialista, que es siempre reversible y trans-

formable, a diferencia de los modelos de sociedad. La idea de un modelo de sociedad es contradictoria con el principio de régimen democrático que supone disputas, competencias, transacciones entre propuestas que corresponden a diversos modelos encarnadas por diversos actores en interacción. La definición de socialismo no puede dejar de ser ambiguo, por cuanto éste consiste en la definición histórica a juicio de la gente, de los diversos componentes de las clases populares, de trabajadores manuales e intelectuales, de cuáles son las contradicciones principales más urgentes de la sociedad capitalista y cómo superarlas en un determinado momento histórico, en el entendido que no habrá paraíso terrenal ni "nueva" sociedad sin contradicciones. En sentido estricto, no hay proyecto de sociedad socialista ni modelo global concreto definido para siempre, no hay "toma del poder" ni un momento en que se "empieza" a construir el socialismo, pero hay siempre política socialista posible, tarea socialista frente a todo. No hay "Sociedad Socialista" instalada, hay transformación socialista y gobierno socialista posible en un régimen de democracia política. El principio de superación de la sociedad capitalista hace que no se pueda confundir la renovación socialista con ninguna variante laica o cristiana de la Social Democracia. El principio de afirmación del régimen político democrático, aleja a la renovación socialista de las variantes clásicas del marxismo-leninismo, aunque puedan encontrarse en forma individual elementos de una u otra.

⑤ Inserción Internacional, movimientos sociales, partidos políticos

La tercera dimensión de la renovación socialista se refiere a un conjunto de articulaciones e inserciones en la sociedad, a saber, la inserción internacional, la visión de la sociedad civil y la concepción del partido político.

\* En relación a la inserción internacional del socialismo, si se afirma como proyecto básico un proceso nunca terminado de eliminación y superación de las contradicciones de la sociedad capitalista (alienaciones, opresiones, explotaciones), se está afirmando una no alineación en términos de bloques que representan modelos establecidos de sociedad y, en cambio, una alineación en función de políticas histórico-concretas. El socialismo no es así una tendencia inevitable e irreversible científicamente probada a nivel mundial de superación del capitalismo, sino una idea o proyecto de proceso, de nación, de construcción de nación. ¿Qué es el socialismo?: no un modelo universal de sociedad ya codificado en algunos casos históricos sino una oportunidad, una posibilidad para la nación. Y en el caso de América Latina y de Chile, la nación tiene un doble componente histórico cultural que lo aleja de una identificación absoluta con algunos de los bloques. Somos, nos guste o no, occidentales, quizás parcial o malamente como copia retardada, pero lo somos. Pero somos también dependientes, tercer mundo. La combinación de ambos componentes define nuestra especificidad. Somos a la vez Kundera y García

Márquez, Macondo y postmodernismo, adobe y computadora. Ambos elementos son cruciales. Porque el socialismo afirma una nación atravesada por esta contradicción. Pertecemos al mundo occidental con lo que ello significa de tradición cristiana, nacionalismo, individualismo e individuación y a la vez al Tercer Mundo donde importan las categorías, las clases, la afirmación de sujetos colectivos. No nos podemos identificar con el bloque capitalista occidental, ni con el bloque socialista en cuanto tales, aunque las políticas concretas nos acerquen más a uno que a otro, especialmente al bloque tercermundista. La renovación socialista es, entonces hija del socialismo occidental y de las luchas de los países subdesarrollados, cerca de la experiencia de Berlinguer y del Partido Comunista Italiano, pero también de los valores que aportaron la Revolución Cubana y Nicaraguense. Y todo ello ubicará al socialismo en una posición autónoma de los dos bloques que se disputan la hegemonía mundial.

En relación a la visión de la sociedad civil, la renovación socialista se planteó una problemática que muchas veces quedó reducida a consignas ideológicas o al pragmatismo cotidiano, y también dio origen a grandes confusiones. Se trata del tema de la autonomía de los movimientos sociales o del reforzamiento de la sociedad civil. Lo que afirmaba básicamente, frente a la alta dependencia del movimiento social respecto del sistema político partidario, era el reconocimiento de la irreductibilidad de tres elementos: el Estado como el lugar de todos y de la unidad de la nación,

el régimen político como representación de la pluralidad donde actúan principalmente los partidos, y la sociedad civil como el campo de participación de los sujetos y actores colectivos no reductibles al sistema de representación partidaria. Implícita a esta problemática habría una doble percepción: la de la reducción progresiva del Estado en su aparato y poder redistributivo mientras se acrecentaba su poder coercitivo y desaparecía el régimen de representación. Por otro lado, la percepción que surgían en la base social formas de organización, demandas y dinámicas que rompían radicalmente el modelo de imbricación entre liderazgo político y social que caracterizó la acción colectiva o de masas en Chile. Se apostó, entonces, a la idea de una sociedad civil emancipada, autónoma y crítica del sistema partidario. Pero las cosas mostraron una mayor complejidad en su desarrollo. Si uno examina las encuestas de opinión pública, por un lado, se verá la amplia legitimidad y demanda social del estatismo, de un rol activo del Estado en todos los problemas de la vida nacional. Por otro lado, la apuesta a un movimiento social estrictamente autónomo, al menos en el caso estudiantil pero también en el sindical, se mostró incapaz de enfrentar una realidad donde los liderazgos siguen siendo partidarios, pero de forma más compleja y menos mecánica que en el pasado. La Asamblea de la Civilidad que algunos saludaron como la máxima demostración de madurez del movimiento social frente a las incapacidades de las estructuras político partidarias, no habría sido posible sin una explícita concertación de éstas; pero ellas a su vez confrontadas consigo mismas no podían resolver sus contradic-

ciones sino fuera de ellas mismas, en ciertos campos del movimiento social. Se revelaba así la complejidad del problema. Por un lado, no era realista la apuesta a una especie de basismo o de refundación de la sociedad civil y en el caso Chileno el momento partidario es insustituible en la construcción de actores sociales: hay momentos más societales y momentos más partidarios. Por otro lado, habría una verdad insoslayable en la crítica al tipo de relación entre movimiento social y partido, que se revela también en las encuestas y en las movilizaciones, y, por lo tanto, en la afirmación de la irreductibilidad de la sociedad civil al sistema partidario o al Estado: hay una demanda social por autonomía, por distancia entre ellos. Lo más probable, entonces, es que no se asista a la emergencia de una forma totalmente distinta de relación entre política y sociedad civil, con constitución independiente de los movimientos sociales, sino a una forma de combinación cercana a la tensión (y no a la mera imbricación entre ambos como en el pasado), entre estos dos elementos. Ello implica que el lugar principal de resolución de esta tensión son los partidos mismos por el peso específico que tienen en Chile y en la constitución del movimiento social. Lo que lleva a replantear la concepción clásica del partido.

En efecto, respecto de este punto, el de la visión de los partidos o de la relación entre partido y sociedad, la renovación socialista buscaba alejarse de los modelos clásicos en América Latina y en Chile: el partido vanguardia, que todos aspiraban a ser, y el partido populista. Se buscaba partidos que asumieran el principio de representación,

dejándole a la sociedad el desarrollo del principio de participación. Partido o partidos en que la democracia interna no fuera expresión ni de lo que se denominaba centralismo democrático ni tampoco del fraccionalismo y caudillismo. En estos puntos es donde menos ha habido renovación práctica. Ha habido renuencia a adoptar las necesarias innovaciones institucionales, las fórmulas de organización de comportamiento político cristalizadas institucionalmente que aseguran democracia interna (rotación de cargos, cuotas mínimas para las mujeres, democratización del sistema interno de elecciones, etc., etc.).

4) El socialismo y la izquierda chilena

El último componente o dimensión de la renovación, que corre el riesgo de confundirse con un problema de línea política y que me parece fundamental mantenerlo separado, pues no pertenece a ese nivel, era la inserción del socialismo chileno en la izquierda y en el conjunto de fuerzas políticas. En la renovación socialista se barajaron en este plano dos grandes tesis o propuestas, aún cuando su formulación concreta fuera objeto de grandes debates. La primera era una respecto de la dualidad y unidad de la izquierda. La segunda la del bloque por los cambios. Ambas suponían una determinada visión del sistema partidario.

a) La primera idea, que a veces se denominó la tesis de las dos izquierdas afirmaba que tanto a nivel sociológico (base social), como a nivel cultural e ideológico, como de espacios políticos, se había producido una bifurcación



de la matriz clásica de la izquierda chilena en dos posibilidades organizacionales: una que recogiera el componente clásico marxista-leninista de la izquierda y la otra recogiera el componente de la renovación socialista. Se trataba de desarrollar al máximo ambas posibilidades y la autonomía de una respecto de la otra. Ello permitiría plantear el viejo problema de la unidad de la izquierda en forma más madura. Por un lado, éste pasaba a ser uno de los problemas a enfrentar en una política de izquierda y no el problema único, como hemos indicado, al que se subordinaba todo el resto. Por otro lado, la posible unidad de la izquierda tenía como condición el pleno desarrollo de ambas opciones en términos organizacionales, materiales y de presencia social y popular. Sólo así la unidad asumiría la diversidad y no sería mera abstracción o absorción de un polo por otro. Si a esto se le quiere denominar "dos líneas de izquierda" o "dos izquierdas" me parece una cuestión secundaria. Lo cierto es que hay que reconocer a la vez la existencia de concepciones y proyectos sociales distintos dentro de lo que se llama el campo de la izquierda, y que ambos dos se constituyen y expresan desde ese campo y desde esa tradición, aunque sea en un caso para renovarla. Replantear la constitución de la izquierda en términos de los grandes proyectos que la diferencian y, por lo tanto, reformular el clásico problema de su unidad como el de la interacción entre dos componentes distintos, me parece una avance desde el punto de vista de la política nacional y, en ningún caso, distanciamiento de lo que define el ser de la izquierda en este país. Una de las defensas

de la izquierda en este país. Una de las defensas

de las posiciones más clásicas u ortodoxas frente a la renovación socialista es el clasificarla de centro o social demócrata, sin recordar que precisamente en Chile la matriz clásica marxista leninista dio históricamente tanto para una línea moderada y gradualista (PC) como para líneas más radicales (MIR, PS). De nuevo se confunde aquí una matriz teórico-práctica de la política con un problema de líneas históricas.

Esta visión de los dos universos de izquierda necesarios a desarrollar (llámesele o no dos izquierdas) se acompañaba de una manera de pensar el sistema político partidario y su futuro dentro de un régimen democrático. En efecto, no se trataba de pensar sólo la izquierda, sino el país. Era posible así pensar un esquema político partidario de tipo cuadrangular o de cuatro polos. Por un lado una derecha capaz de expresar y representar una cierta fuerza social en el juego democrático, comprometiéndose con sus reglas y resultados. Por otro lado, un polo de centro que está representado principalmente por esa versión cristiana de tipo social demócrata que es la Democracia Cristiana, con algunos otros sectores de Centro. En tercer lugar, el polo socialista y, finalmente, el polo comunista, uno y otro con agregados que giran en torno a ellos y en cuyos detalles no cabe entrar. En la construcción de este esquema de sistema partidario se enfrentaban dos problemas: el de una derecha democrática, que aún no se cristaliza orgánicamente, y el del campo socialista, que permanecía fragmentado y descompuesto. Este último problema puede formularse así: hay una irreductibilidad socioló-

gica, cultural y de espacio político para el mundo socialista. El "hueco" está ahí, y todo el problema consiste en si ese hueco se va a llenar fragmentadamente o con una fuerza organizacional única. Ambas posibilidades son válidas y legítimas. Porque puede postularse que en este país hay demasiada densidad social, organizacional e ideológica como para que se produzca unificación de las fuerzas socialistas y que es mejor que permanezca la densidad de ellas expresada en diversas organizaciones o partidos políticos. El único problema que la opción de fragmentación o no unificación del campo socialista presenta es que lo hace muy dependiente del polo de centro o del polo de la izquierda comunista, y pierde capacidad de desarrollarse y de ser articulador de un bloque sociopolítico que combine adhesión democrática y voluntad de transformación social. Pareciera ser que en un proceso de construcción y consolidación democráticas, un socialismo fragmentado debilita el proceso general y rigidiza las alianzas y acuerdos necesarios. Ello ha podido apreciarse concretamente en la conformación de los bloques ideológicos políticos, Alianza Democrática y Movimiento Democrático Popular, donde, en ambos casos, las expresiones socialistas han sido subsumidas por los componentes fuertes de cada bloque, es decir, por los dos partidos más estructurados a nivel nacional (DC y PC). Si el PS en la Alianza no tuvo la fuerza suficiente para terminar con la política de exclusiones ni el PS en el MDP tiene la fuerza de llevar al PC a las posiciones más conducentes a una transición democrática, ambos quedan a merced ya sea del polo

de centro ya de la izquierda comunista. A su vez, los sectores socialistas que han intentado mantener su identidad como fuentes de unificación han mostrado su incapacidad para ello y su tendencia a la marginalización. Las elecciones estudiantiles son una prueba de esta incapacidad del campo socialista fragmentado para disputar la hegemonía DC o PC.

La idea de una izquierda socialista desarrollada y autónoma respecto de la izquierda comunista y que replantea el problema de la unidad con ésta a partir de su propio proyecto es, entonces, lo que cabe rescatar al discutir el problema de la unificación del campo socialista. Esta se da en torno a un proyecto teórico ideológico e histórico social distinto al de la izquierda comunista aún cuando puedan haber amplios campos de acuerdo. No cabe entramparse en la discusión retórica sobre las dos izquierdas, ni confundirse con la cuestión de las líneas concretas.

La renovación socialista, eje teórico práctico en torno al que cabe construir el campo socialista, no está ni más a la izquierda ni más a la derecha que la matriz marxista leninista. Es sencillamente algo distinto, en otro nivel, que puede dar origen a políticas más moderadas o más radicales sin ninguna definición esencialista a priori en estas materias.

La segunda idea de la renovación socialista respecto de la inserción en la historia política chilena de hoy y del futuro era la del "bloqueo por los cambios", y sin du-

da que ella está en estrecha relación con la idea anterior de los dos universos o matrices de izquierda. En efecto, lo que se afirmaba aquí era que si se quería pensar el país y su futuro, la demanda política, más que afirmar como un fin en sí la unidad de los componentes de izquierda, era la construcción de una mayoría sociopolítica que combinara la adhesión democrática con un horizonte de profundas transformaciones sociales. Y que eso, en términos políticos, significaba un bloque histórico que incluyera al centro progresista (expresado parcialmente por la DC) y el conjunto de la izquierda sin exclusiones (izquierda socialista e izquierda comunista). Esta era la gran responsabilidad histórica. Si para ello era una condición la unidad de la izquierda, entonces ella se transformaba en un imperativo; pero como un instrumento para algo de más amplio alcance y en lo cual se subordina. La meta es la construcción de un bloque cultural y socio político que asegure democracia política y cambio social y en términos de esta meta hay que juzgar los instrumentos que se utilizan. Es un hecho que esto dio origen en el campo socialista a visiones mecánicas o inmediatistas que se expresaron en alianzas con el centro político apresuradas y sin ejercer todo el poder de presión para ampliarlas al resto de la izquierda, o en la insistencia en recrear urgentemente un frente de izquierda. En ambos casos no prevaleció la tesis fuerte y de largo plazo del bloque por los cambios sino consideraciones orgánicas estratégicas de corto plazo. Vale la pena aclarar que esta idea de bloque por los cambios no significa renunciar en el futuro

a la posibilidad de un gobierno de izquierda, sino reconocer que ello deberá darse en el seno de un acuerdo histórico de más largo alcance que permita diferentes coaliciones gubernamentales, entre ellas, una de izquierda que puede ser la más adecuada en un determinado momento. Lo que sí implica esta propuesta es que se abandona la pretensión que la construcción democrática y la transformación social serán responsabilidad y tarea exclusiva y excluyente del actor de izquierda unida.

#### Conclusión: un balance

Voy a concluir con algunas observaciones en un intento por conceptualizar los problemas presentados en el desarrollo de las propuestas de renovación socialista.

\* Primera observación, ¿En qué consiste o consistió la renovación socialista? En el fondo, en la práctica consistió en un nuevo lenguaje y en una nueva relación política, una nueva manera de ver las relaciones políticas con otros sectores sociales y políticos del país. El fenómeno de reunificación socialista, frustrado hasta ahora, dejó a medio camino los procesos de renovación. En todos los lados del campo socialista quedaron cosas nuevas y cosas viejas. Y lo que predominó fue la discrepancia por líneas políticas. La cultura de la renovación no llegó a ser precisamente eso, no llegó a ser cultura.

\* Segunda observación. Una de las características de la izquierda chilena y del socialismo históricamente fue

la captación conjunta de los dos componentes de la política: el elemento institucional, cupular, instrumental, como quiera llamárselo y el elemento simbólico expresivo, popular, épico. Allende fue siempre una gran síntesis de ambos: la "muñeca" que significa negociación, política, Senado, acuerdos, y el Allende da la presencia popular, el discurso de la revolución con vino tinto y empanadas. Pero también muchos otros actores políticos combinaron eficazmente este doble componente de la acción política, aunque fuera con signos muy diferentes: es el caso de la revolución de libertad de Frei con un proyecto de modernización y una movilización juvenil y también popular que se autopercibía en términos de liberación. Lo que quiero indicar como hipótesis es que el drama de la política chilena y, en especial, de la izquierda actual es que los dos componentes se bifurcaron orgánicamente y unos quedaron a cargo de la institucionalidad, la instrumentación, lo cupular, la concertación y otros a cargo de la ética y la épica, las huelgas de hambre, la teología de la liberación, etc.

En otras palabras, la dimensión "movimiento" se desprendió de la dimensión "partido" y quedaron uno y otro por su lado; es decir, movimientos y partidos a medias. Movimientos con dificultades de representarse y globalizar. Partidos muy inteligentes, con dificultad de convocatoria en un medio donde no están dadas las condiciones propias de la convocatoria de partidos democráticos como son las elecciones. Y este desgarró se produce de

alguna manera cuando confrontamos la radicalización, no ideológica principalmente, sino visceral, de vastos sectores juveniles populares y poblacionales donde se dan sobre todo los aspectos movimientos, defensa comunitaria, simbólico expresivo ("no negociamos con torturadores") huelga de hambre o ayunos, con el conservantismo y moderación de amplios sectores nacionales también populares (vale la pena revisar las encuestas a este respecto), el desgaste de la movilización. Entonces, se da a la vez una enorme dificultad del actor socialista, o de los actores socialistas, de juntar ambos elementos, y la bifurcación que expresa esta separación entre lo instrumental, lo institucional, lo cupular, y lo popular, la épica, la ética, la movilización. Y esta separación se produce organizacionalmente con lo que la fragmentación se consolida. La renovación queda nuevamente desgarrada y a medio camino.

Tercera observación. El predominio del debate y de los problemas de línea política, paradójicamente, más que en propuestas coherentes de línea o estrategia política se transformó en discrepancia y disputas por estilos, por esta distancia entre el componente instrumental y el componente simbólico expresivo de la acción política. Y esto se expresa en el modo cómo todos los sectores socialistas y la izquierda tratan los temas de la transición y el cambio político. Se mezclan ahí los problemas del pasado, del presente y del futuro, lo que impide secularizar la política, es decir, plantearse específicamente



terminar con la dictadura y sustituirla por un régimen democrático, en vez de mezclar en ello la resolución de todos los problemas de la vida individual y colectiva. El término de la dictadura de Pinochet no es entonces un fenómeno político concreto acotado por ciertas estrategias específicas y factibles, sino el resumen de todas las utopías posibles y cuando se trata de ponerse de acuerdo sobre resúmenes de utopías es imposible discutir fórmulas precisas que den cuenta de la realidad y rompan el inmovilismo. En síntesis, las dificultades planteadas se expresan en una visión mítica de la transición política, sin las referencias históricas que harían posible una discusión adecuada sobre las líneas o estrategias políticas a seguir.

Cuarta observación. No puede juzgarse, con todo, la renovación socialista con un criterio de corto plazo. A todo proceso cultural e ideológico hay que darle más de cuatro o cinco años para evaluarlos cabalmente, ellos duran décadas. Por lo tanto, los problemas señalados no pueden permitir una evaluación de la renovación socialista como terminada o agotada. Pienso que, por el contrario, recién se inicia, y los problemas que se han indicado son propios de un proceso de gestación más que de maduración, lo que abre un campo riquísimo para el futuro. Insisto, se trata de un cambio cultural en la izquierda que tomará años en decantar y cristalizar. Su horizonte no es la coyuntura, aún cuando ella pueda iluminarse con su reflexión y su práctica, sino la construcción progresiva de nuevas formas de organización y convivencia social. De ahí su radicalidad pero también su lenta progresión.

RECOPRO: studeb la rotue l b stasue a l b nòdopioq: d  
..coifficqas smot stas rdoe nòdopioq: d

COMENTARIO : Socialismo y Democracia\*

Yo planteé, bien o mal, la idea de dos radicales o radicalidades en el sentido fuerte del término. Hay un radical socialista y hay un radical democrático. Creo que somos herederos de tres revoluciones, en el sentido metafórico del término vamos a hablar ahora, o de tres utopías. Somos portadores de algún modo de esas tres utopías diferentes y que están dichas en el famoso lenguaje de la Revolución Francesa. Somos herederos de la utopía democrática, que es sencillamente la utopía de las libertades. Somos herederos también de la utopía socialista cuyo gran tema es la igualdad, y, por lo tanto, de sus condiciones materiales. El tema de las libertades no es el tema de los pobres. El socialismo es el tema de los pobres y dominados. Y somos herederos, querámoslo o no, de una cosa mucho más difusa y que es mucho más ambigua, cual es la utopía cristiana que alguien podría inscribir en el tercer término de la Revolución Francesa. Es el tema de la liberación que no es lo mismo que libertad o igualdad, sino la emancipación, o si Uds. quieren, solidaridad o fraternidad (curiosamente se trata de utopías del siglo pasado o aún más antiguas. No conocemos aún las utopías del siglo XX o XXI). Son tres utopías, a mi juicio distintas, y de todas ellas somos herederos. Ahora bien, cuando pensamos en el socialismo, yo decía que una sociedad es varias cosas: es Estado donde reina la unidad (en la sociedad moderna el Estado no es sociedad civil, no es la economía), es sociedad civil donde reina la pluralidad, y hay una tercera cosa que es el ré-

---

\* Transcripción de la respuesta del autor al debate provocado por su intervención sobre este tema específico.

gimen político, donde reina la representación. Yo creo que somos anticapitalistas y estamos por la superación del capitalismo respecto al tema del Estado. Hay un Estado capitalista y nosotros estamos por la superación del capitalismo. Tal cual. También por el anti-capitalismo o por la superación del capitalismo a nivel de la sociedad civil, o de la organización de las fuerzas materiales, de la economía, lo que Uds. quieran. Me costaría decir que somos anti-capitalistas al nivel del régimen político, porque el capitalismo no es un régimen político. ¿Cuál es el régimen político, que nosotros postulamos? ¿Somos anti-algo, superamos algo? Nuestro régimen político es la democracia política. Y entonces, la pregunta de Bobbio a los socialistas, en uno de los importantes debates intelectuales que ha habido sobre este tema en el mundo occidental hay que contestarla. Bueno, muy bien ¿qué sistema distinto de elección de gobernantes Uds. proponen? ¿la democracia directa?, eso es un modelo. ¿La Dictadura del Proletariado? ese es otro modelo. ¿El régimen militar?, ese es otro modelo. ¿El fascismo?, ¿el corporativismo? Todos esos son regímenes políticos. Lo que yo digo es que el tema del régimen político es un componente del ideario socialista. No es lo único porque una sociedad no es puro régimen político, pero es un componente. Es tan socialista como la apropiación colectiva del excedente por ejemplo, lo que pasa es que se aplica a otro nivel. Por eso yo no estoy de acuerdo con la formulación que algunos hicieron en el sentido que yo subordino uno a otro, en el sentido que hay un paradigma princi-

pal, que yo opto por uno y subordino el otro. No. Sencillamente digo, el socialismo implica definirse, frente a las tres cosas: Estado, Sociedad Civil, Régimen Político. Lo que pasa es que decir esto no es inocente, porque régimen político implica método, regla de procedimiento de cómo se hacen las cosas, y en esta discusión de métodos hay que plantearse el problema de la revolución. Creo que el concepto de revolución es dos cosas a la vez y eso es lo que nos complica: es método político y en ese sentido muy honestamente, el método de la revolución política no es el método del régimen democrático. Son opuestos como métodos, lo que no significa que uno no pueda pasar de uno a otro. Es una opción histórica. Pero el concepto revolución apunta también a contenido. Se puede decir que la superación del Estado capitalista y la superación de la sociedad civil capitalista son contenidos revolucionarios y que el que intenta esa superación está haciendo una revolución. Y eso puede intentarse en un régimen de democracia política. Y no me preocupa o acompleja el fantasma de la Social Democracia, no sólo porque valoro sus rasgos positivos, sino porque además no me siento para nada en ese sentido social demócrata. Porque creo que la utopía de superación del capitalismo, abandonada por la social democracia, se da a estos dos niveles: Estado y sociedad civil y no a nivel del régimen político, porque insisto, el capitalismo no es un régimen político. Por lo tanto en ese plano no me interesa superar al capitalismo, me interesa superarlo en el plano del Estado y en el plano de la Sociedad Civil. ¿Por qué afirmar que ser tan demo-

crático en materia de régimen político como socialista en materia de transformación del Estado y de la sociedad, no es inocente? Lo que se quiere decir es que se enfrenta la sociedad con una triple propuesta, la que al nivel de régimen es la democracia política. ¿Qué significa que esto no es inocente? Significa, primero, que la revolución en su concepto de método político no está presente en este proyecto socialista. En su otro aspecto, de utopía de transformación, sí. Segundo, que se acepta definitivamente la idea de reversibilidad.

Aceptar la idea de reversibilidad no significa no luchar porque a distintos niveles de transformaciones ellas se hagan irreversibles, por supuesto; pero significa que en cualquier momento por métodos democráticos se pueden perder conquistas que se han avanzado. Entonces, hay el aspecto incertidumbre que es básico y en ese sentido digo: soy tan democrático a nivel del régimen político, porque eso es ser socialista en el régimen político, como soy socialista a nivel de los modelos económicos, del modelo del Estado. No voy a aceptar el chantaje de uno contra otro. No voy a aceptar que por hacer transformaciones pierda mi aspecto socialista en el régimen político, que es democracia política. Ni voy a aceptar que por el chantaje de quedarme en el régimen democrático no haga las transformaciones. Pero, evidentemente, tengo un marco, tengo un método y ese método no es una cosa que me es impuesta desde fuera, es una cosa que yo también quiero asumir y desarrollar. Por eso creo que la cuestión de la reversibilidad y el principio de la alternancia en el

poder son el test clave y en la medida que yo acepto el test de la alternancia en el poder y la reversibilidad, mi proyecto nunca puede ser un proyecto total, nunca puede ser una derivación científica de la utopía, porque necesariamente pasa por la convicción, por la transacción, por el tema de los intereses. Necesariamente. Y en ese sentido, puesto que no hay "asalto al poder", puesto que hay un proceso permanente de lucha en todas las esferas donde hay poder, creo que definir al proyecto socialista o a la idea socialista como proceso en vez de como sociedad es mucho más rico. Yo creo que no hay "sociedad socialista" en ese sentido, en el sentido técnico que estoy hablando. Puede ser que al final ése sea un "sistema", pero ¿cuándo vamos a decir que hubo transición? Yo diría, el socialismo nunca se da por terminado, nunca podemos decir "ya estamos en el socialismo", porque como es lucha contra todas las contradicciones, las explotaciones o alienaciones, siempre las va a haber; no hay sociedad que no genere sus propias contradicciones y sus propias alienaciones. Entonces, en ese sentido yo diría no hay "sociedad socialista", como no hay paraíso terrenal.

Vale la pena precisar el significado de la superación capitalista. La pregunta que yo me hago es la siguiente. Si en esta sociedad es evidente que la política socialista no puede dejar de ser anti-capitalista, como se ha insinuado en el debate, ¿de qué capitalismo estamos hablando? ¿Cuán capitalistas son estas sociedades? Son extremadamente débiles en su capitalismo y, por lo tanto, el

proyecto socialista no es necesariamente el proyecto socialista de las sociedades industriales, donde el gran problema, por ejemplo, puede ser el conflicto capital-trabajo, porque prácticamente, al menos como se pensó en el XIX el 90% de la sociedad iba a incorporarse a la relación capital-trabajo. Pero cuando resulta que hay aquí una cantidad enorme de gente que no pertenece al mundo capitalista, y donde aparecen temas como el de la independencia nacional, el tema del imperialismo, etc., que no son necesariamente el tema anti-capitalista, (el tema anticapitalista es una cosa, el tema anti-imperialista es otro, alguien puede hacer una teoría y juntarlos, pero son temas distintos). Entonces, yo digo, bueno el componente socialista es mucho más que el componente de superación del capitalismo a nivel de la sociedad civil y a nivel del Estado, porque estos Estados son malamente capitalistas. El proyecto socialista es también construcción de nación. Un ejemplo, hay una modernización incompleta y el socialismo tiene que asumir la modernización de la sociedad porque es la única manera, por ejemplo de integrar los sectores marginales. El problema del Brasil no es sólo el problema de cómo se transforma el capitalismo en la cúpula donde hay capitalismo: el problema es todo el mundo sumergido y evidentemente eso no se resuelve con los modelos socialistas clásicos, por ejemplo, planificación, expropiación, nacionalización. Eso ayuda pero no se resuelve. Por eso insisto que el proyecto socialista es un proceso de transformaciones que va enfrentando históricamente las contradicciones principales que la sociedad

capitalista ofrece y que apunta siempre a esa superación. Pero puede ser que la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista como la nuestra no sea, a esta altura, la relación capital-trabajo, por ejemplo, y entonces, en ese sentido el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.

- Este punto de vista implica una concepción de la superación de la contradicción principal de una sociedad capitalista que no sea la relación capital-trabajo. En consecuencia, el socialismo se reviste de un contenido muy distinto al de otro proyecto socialista.



